

# Borges y Benjamin

## La ciudad como escritura y la pasión de la memoria

I

**P**udieron haberse conocido sus pasos pudieron haberse cruzado en aquella silenciosa Suiza que los cobijó mientras Europa se desangraba en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Uno provenía de lejanas comarcas, de un paisaje extraño y exótico, casi inimaginable para un refinado exponente de la cultura del viejo mundo. Pero, sin embargo, en aquellos márgenes sureños —donde todavía las tradiciones estaban por fundarse o fundándose— sus lecturas urdieron una trama cosmopolita, sus ojos fatigaron —hacia todas las direcciones— la tradición de Occidente. Europa estaba en él, en algún momento su destino tenía que inscribirse en su geografía. El otro venía del centro, de una tierra de inauditas contraposiciones, la patria de Goethe y de Wagner, de ese territorio de lo bello y de lo monstruoso, de la pasión y del espanto; lugar de alquimias, de experimentaciones asombrosas y cargadas de peligro. Extasis y decadencia de la cultura moderna. País de genios y de exaltados guerreros ansiosos por imitar a sus ilustres antepasados, de eruditos ecuménicos y de fervientes patriotas; una incógnita de humanismo y de barbarie. Uno provenía de un mundo abierto a lo nuevo, excitado por su inaudita juventud, carente de tradiciones propias y ansioso por beber en las fuentes de la cultura clásica; el otro se sabía antiguo, cansado, arrojando sus últimas descargas viriles antes de agotarse definitivamente. El primero veía a Europa a través de un espejo atemporal, imaginario, que le devolvía imágenes que ya habían dejado de existir; el segundo urgaba en la memoria de sus tradiciones para intentar comprender el sentido de esa decadencia, el rumbo de esa marcha fatigada.

Uno llegó a Suiza siguiendo los pasos de un padre destinado a la ceguera —destino que, un día, también lo alcanzaría—; ignorantes de los huracanes destructores que

amenazaban el cielo europeo. El otro cruzó la frontera impulsado por sus convicciones pacifistas, optando por el erudito contra el patriota. A lo largo de su dilatada vida el primero de nuestros viajeros tendría oportunidad de manifestar una misma convicción cosmopolita y alejada de cualquier veleidad nacionalista. Sus pasos, ahora lo sabemos, pudieron haberse cruzado; uno vivió en Ginebra, la ciudad de Calvino y de Rousseau, del puritanismo —que el joven sureño llevaba en la sangre a través de sus antepasados ingleses— y de las ideas revolucionarias, una ciudad para ser caminada por un adolescente hambriento de novedades, de saberes escondidos en viejas librerías, afiebrado por todo lo que se le ofrecía: los libros, las lenguas y las experimentaciones de los sentidos. El otro vivió en Berna, ciudad callada y bucólica, orgullosa de su provincianismo, lugar ideal para aquel que desea «salir» de los tumultos del presente para sumergirse en las tradiciones del romanticismo alemán.

Ginebra fue, para el viajero de tierras lejanas, la magia de lo iniciático, allí donde despiertan los sentidos y la imagen del mundo va cobrando una forma definida (décadas después, en su ancianidad oracular, recordaría aquellos años como los más felices de su vida, y aquella ciudad como su paraíso personal). Para el alemán, Berna fue una ciudad de tránsito, un refugio momentáneo alejado de los tumultos contemporáneos; allí profundizó algunas de sus primeras ideas discutiendo apasionadamente con su amigo Scholem sobre el lenguaje y Kant, sobre el romanticismo y el Talmud, sobre literatura, matemáticas y anarquismo; sólo un tema estaba explícitamente prohibido: la guerra que atronaba del otro lado de la frontera. Sorprendente simetría: uno vivía la dicha adolescente que es, también, una forma del ensimismamiento, un salir al mundo para encontrarse a uno mismo y beber hasta embriagarse de todas las fuentes y viajar por los vericuetos insondables de la amistad, del amor y de los libros. El otro, consciente del drama final de una época histórica, eligió un escenario apartado, prefirió la tranquilidad del erudito en su gabinete de trabajo, del viajero intelectual que pone entre paréntesis a su tiempo mientras se desplaza hacia otros lugares.

En Ginebra, Borges amplió la biblioteca de su padre (de la que —diría más tarde— nunca salió), dejó atrás la casona de Palermo y pudo mirar del otro lado de las altas verjas creciendo con independencia, eligiendo sus propias lecturas, viviendo sus propias experiencias. Ginebra fue también para él el idioma alemán y, sobre todo, fue la ciudad donde se encontró con la obra de Schopenhauer —el filósofo de su vida—. «Si el enigma del universo puede reducirse a palabras —diría años después—, creo que esas palabras se encuentran en sus obras». Pero la lengua de Lutero le abrió un mundo inmenso, lo acercó a Heine y a la extraña obra de Gustav Meyrink, especialmente su *Golem*; le permitió incursionar en las antiguas tradiciones germánicas que, luego lo descubriría, acabarían conduciéndolo hacia otra de sus pasiones: la vieja literatura anglosajona y escandinava. Pero Ginebra fue, sobre todo, el descubrimiento de Walt Whitman, un descubrimiento casual en una librería de viejo, que influyó decisivamente en su obra poética y que lo acompañaría a lo largo de su vida, y junto al poeta norteamericano también se topó con Rilke. Podríamos agregar otros hallaz-

gos fundamentales: allí leyó con intensidad a De Quincey y a Carlyle, a Flaubert y a Baudelaire, a Chesterton y a Rimbaud, a Hugo y a Zola. Recorrer librerías de viejo para tropezarse fortuitamente con algún autor que luego sería esencial en su vida lo asemeja a nuestro segundo personaje. En Berna, Benjamin, acompañado de Dora, su esposa, y de Gershom Scholem, su amigo, continuó su parábola intelectual, profundizó sus interrogantes sobre el destino de la cultura moderna. En la capital suiza leyó con particular intensidad a Kant y discutió largamente con Scholem sobre temas judaicos mientras proseguía sus investigaciones sobre los románticos alemanes destinadas a convertirse en su tesis doctoral. Suiza significó para Benjamin un interregno, tomar distancia de sus padres, del militarismo germano, de una guerra despiadada que estaba destruyendo lo mejor del sueño decimonónico; pero también supuso, a través de sus debates con Scholem, profundizar en sus inquietudes teológicas, en sus indagaciones lingüísticas y en lo que luego serían sus vagabundeos por la protohistoria de la modernidad.

Para Borges, Ginebra fue, y esto no deja de ser sorprendente, la posibilidad de mirar de otro modo su lugar de procedencia, de recorrer con la memoria la ciudad lejana, esa Buenos Aires que iría adquiriendo rasgos míticos. La distancia le abrió un mundo inesperado, descubrió que no había incompatibilidad entre esa cultura que estaba adquiriendo apresuradamente en Ginebra y ese mundo semibárbaro que había conocido o entrevisto en el Palermo de su infancia. Suiza fue, para el joven Borges, el descubrimiento fascinante del cosmopolitismo de la cultura. Allí pudo entremezclar libros y autores: a Lugones con Whitman, a Hernández con De Quincey, a Sarmiento con Verlaine. La inconmensurable inmensidad de la pampa encontró un lugar en las laberínticas callejuelas de la vieja Ginebra, del mismo modo en que, pasados los años de formación, esas vivencias disímiles encontrarían su perfecta conjunción en su obra literaria.

Su aprendizaje, antes de llegar a Europa, se circunscribió a la biblioteca de su padre que, para el niño de aquel entonces, era vasta como el universo, laberíntica como el palacio de Minos y maravillosa como *Las mil y una noches* —cuyas inolvidables ficciones leyó en aquellos años dichosos—. Allí Borges se convirtió en un verdadero lector, viviendo —como sólo un niño puede hacerlo— la plena realidad de la literatura. Ginebra fue otra cosa (aunque nunca perdería, a lo largo de su dilatada vida, esa pasión infantil por la lectura desinteresada, por esa biblioteca de «la que nunca salió» y que fundó, de una vez y para siempre, su imagen en el mundo; Borges escribiría, más adelante, que vivió preso de sus «extraordinarios sortilegios»). En la ciudad de Calvino pudo vagar solitario y libre, sin ataduras, fatigando cuadra tras cuadra, urgando en viejas librerías que lo transportaban, a través de sus encuentros, hacia todas las regiones de la literatura y del pensamiento. Allí pudo literalmente perderse, practicando el arte del vagabundeo que es el único que nos permite —como diría Benjamin— conocer a fondo una ciudad. En Ginebra, Borges también cultivó la amistad y descubrió sus bondades, del mismo modo que experimentó por primera vez las necesidades sexuales. La ciudad y los libros educaron al joven porteño, perfeccio-